

Así Alejandro se había adelantado con sus dos ejércitos, no declarándose todavía, considerando secretamente el plan del general Pfuhl como la salvación del imperio, si bien fluctuando en decirlo y reservándose ejecutarlo sucesivamente, según lo reclamaran los acontecimientos. Por tanto, no había querido ni osado nombrar general en jefe, lo cual implicara la proclamación de un sistema, y encargó al general Barclay de Tolly que expidiera las órdenes como ministro de la Guerra. La repentina aparición de Napoleón más allá del Niemen obligó a poner término á las vacilaciones y á fijar un plan de campaña.

Alejandro hubiera deseado convocar al punto un consejo de guerra, llamar allí á sus consejeros de todas las naciones, hacer que se presentara el plan del general Pfuhl, no por éste, incapaz de sufrir que se le contradijera, sino por el coronel Volzogen, su intérprete ordinario, talento claro y dócil, y por último, pedir á cada cual su voto. Pero el coronel Volzogen le hizo comprender que se vendría á parar á un nuevo caos, y que más valía nombrar simplemente un general en jefe, al cual se confiara la ejecución del plan que se creyera preferible. Para semejante papel estaba indicado el general Barclay de Tolly más que otro alguno por su obediencia, su energía, sus talentos prácticos y su calidad de ministro de la Guerra. Por otra parte, la aproximación del enemigo con una masa formidable de cerca de doscientos mil hombres, cuando apenas se contaban ciento treinta mil que oponerle, había calmado mucho á los parciales de la ofensiva, y los más de los prodigadores de consejos no pensaban más que en retirarse, para no caer en manos de Napoleón, que probablemente no los tratara con miramientos. No había, pues, que temer que á la sazón se criticara mucho un movimiento retrógrado, ya inevitable. De consiguiente, adoptando Alejandro el dictamen del coronel Volzogen, que á la verdad era el único admisible según el estado á que habían llegado las cosas, fió al general Barclay de Tolly, no en calidad de general en jefe, sino de ministro de la Guerra, el cuidado de operar la retirada del ejército principal sobre el Dwina, en la dirección del campo de Drisa. Tomadas estas disposiciones, partió con la muchedumbre de sus consejeros, siguiendo el camino que llevaba á este último punto por Swenziani y Vidzouy.

No era fácil operar delante de Napoleón, comunemente rápido como el rayo, la retirada de seis cuerpos rusos desparramados en torno de Wilna y componiendo el ejército principal.

Según hemos dicho, el primero de estos cuerpos á las órdenes del conde de Wittgenstein se hallaba en Rossiena, donde formaba la extrema derecha de los rusos, opuesta á la extrema izquierda de los franceses; el segundo, á las órdenes del general Bagowouth, estaba en Janowo; el tercero, compuesto de la guardia rusa y de las reservas, en Wilna; el cuarto, á las órdenes del general Touczkoff, entre Kowno y Wilna, en Nowoi-Troki (1). Para estos cuatro cuerpos era fácil la retirada, pues sólo tenían que practicarla directamente sobre el Dwina, sin exposición de hallar á los franceses en su camino. Tampoco había dificultades para la caballería pesada, distri-

(1) Al decir primero, segundo, tercer cuerpo ruso, no los designamos por el número que llevaban en su ejército, sino por el lugar que á la sazón ocupaban en la línea alrededor de Wilna. (N. del A.)

buída en dos cuerpos de reserva á las órdenes de los generales Ouvaroff y Korff y situada á retaguardia. Pero el quinto cuerpo á las órdenes del conde Schouvaloff, el sexto á las órdenes del general Doctoroff, establecidos, uno en Olkenki, otro en Lida, y formando la extrema izquierda del semicírculo que los rusos describían en torno de Wilna, antes de que ganaran el camino de Swenziani, podían ser detenidos por los franceses, ya en marcha sobre Wilna. Relativamente al hetmán Platow, que completaba con ocho mil cosacos los ciento treinta mil hombres del ejército ruso, estaba cerca de Grodno, y no había por qué inquietarse con corredores tan ágiles como los suyos.

Barclay de Tolly apresuróse á dar á todos sus cuerpos la orden de replegarse sobre el Dwina, tomando por dirección el campo de Drisa, y previno á los dos que estaban peor situados operar de seguida su movimiento de retirada, girando en torno de Wilna, y manteniéndose durante la travesía lo más lejos que pudieran de esta ciudad, á fin de no tropezar con los franceses. Sobrado desdeñoso respecto de los prodigadores de consejos, que habían manifestado tanta prisa por la partida, afectó quedarse á su retaguardia y retirarse lentamente con ella, disputando el terreno palmo á palmo. Al príncipe Bagratión enviósele en nombre del emperador mismo la orden de trasladarse sobre el Dnieper, siguiendo en cuanto le fuera posible la dirección de Minks, para reunirse al ejército principal en caso necesario. Siempre encargado el hetmán Platow de enlazar entre sí á Barclay de Tolly y Bagratión, tuvo orden de acosar á los franceses por los flancos y por la espalda.

Antes de abandonar el emperador Alejandro á Wilna, y aun considerando ya inevitable la guerra y hallándose resueltísimo á hacerla con energía, quiso probar el último paso, que no podía reprimir las hostilidades, si bien de seguro cargaría sobre Napoleón toda la responsabilidad de ellas. Viendo por las noticias de San Petersburgo, que para pedir sus pasaportes se había fundado el general Lauristón en la petición que el príncipe de Kourakín hizo antes de los suyos y en la supuesta condición exigida á los franceses de evacuar la Prusia, aplicóse sobre todo á responder á estos cargos de manera que toda la culpa recayera sobre su adversario. De consiguiente llamó á Mr. de Balachoff, ministro de Policía, que había llevado consigo á Wilna, hombre de talento y de tacto y encargóle que fuera á significar á Napoleón cuánta extrañeza le causaba una ruptura tan repentina; sin preceder ninguna declaración de guerra, cuán liviano le parecía el motivo sacado de una petición de pasaportes hecha por el príncipe de Kourakín, sabiendo que éste no se hallaba autorizado para hacerla, y finalmente, cuán poco formal era el agravio de la supuesta condición de evacuar la Prusia, dado que había sido propuesta, no como una satisfacción previa y que hubiera de preceder á cualesquiera negociaciones, sino solamente como consecuencia prometida y segura de todo ajuste pacífico. Hasta autorizó Alejandro á Mr. de Balachoff para declarar que tanto distaba de ser una condición absoluta la evacuación dicha, que si los franceses querían detenerse junto al Niemen, desde luego consentía en negociar sobre las bases indicadas en las comunicaciones anteriores. Dadas estas órdenes, el emperador Alejandro partió el 26 de junio, dirigiendo á su

pueblo una proclama calurosa, en la que contraía el compromiso solemne de no entrar nunca en tratos con el enemigo mientras pisara el suelo de Rusia.

Ínterin se alejaba Alejandro, corría Mr. de Balachoff al encuentro del ejército francés, y hallóle camino de Wilna. Al principio le costó algún trabajo lograr que se le reconociera como ayudante de campo, después fué admitido en calidad de tal y llevado á presencia de Murat, quien, recamado de oro y cubierta la cabeza de plumas, galopaba á la sazón en medio de sus numerosos escuadrones.

Accesible y afable Murat, según costumbre, si bien indiscreto, hizo á Mr. Balachoff muy grata acogida: afectó deplorar esta nueva guerra, echar de menos su hermoso reino de Nápoles con vehemencia, no desear de ningún modo el de Polonia, mostrarse como instrumento razonable de un soberano que lo era muy poco, y acompañó estas sesudas frases con infinidad de demostraciones graciosas, para lo cual tenía natural talento, á pesar de su educación poco esmerada. Seguidamente envió á Mr. de Balachoff á las avanzadas de infantería, que estaban muy cerca de las de caballería. Allí encontró Mr. de Balachoff una acogida harto diferente. Presentado al mariscal Davout fué recibido con frialdad, reserva y silencio. Habiendo expresado el deseo de penetrar hasta donde se hallaba Napoleón sin demora, no pudo conseguir que se le autorizara al efecto, para lo cual alegó el mariscal las órdenes con que se hallaba, y hasta obtener respuesta del cuartel general le retuvo, por decirlo así, prisionero. A la caída de la tarde le invitó á que le acompañara á la mesa, y le hizo sentar delante de una que consistía en la puerta de una casa arrancada de sus goznes y puesta sobre toneles, siendo los manjares de frugalidad suma; excusóse de esta hospitalidad militar del todo, y de cosas relativas á la guerra ó la política no le dijo ni una palabra. A la mañana siguiente recibió el orden de guardar á Mr. de Balachoff hasta Wilna, donde el emperador debía recibirle, y dejándole el mariscal Davout sus criados, que atababan de llegar justamente, le comprometió á servirse con libertad de ellos, y montó á caballo para ponerse á la cabeza de sus tropas. De consiguiente, para conferenciar con Napoleón, hubo de aguardar Mr. de Balachoff la entrada de los franceses en Wilna.

A sus puertas llegó la caballería del general Bruyere en la misma mañana del 28, bajando de las colinas que se alzan á las márgenes del Wilia. Allí encontró un grueso destacamento de caballería rusa, apoyado por infantería y por algunas piezas de artillería. Vivo fué el choque; mas después de resistir la vanguardia enemiga algunos instantes, se replegó á Wilna, quemando los puentes del Wilia, é incendiando dentro de la ciudad los almacenes de víveres y de forrajes. El mariscal Davout, que seguía á la caballería de Murat á una legua de distancia, entró en Wilna con ella. Aunque sometidos los lituanos á los rusos ya hacía más de cuarenta años, y algún tanto amoldados ya al yugo, acogieron á los franceses con alborozo, y se apresuraron á ayudarles á reparar el puente del Wilia. Con algunos bateles del país restablecióse el paso del río, poco ancho por aquel paraje, y de seguida se lanzaron los franceses á la persecución de los rusos, que se retiraron rápidamente, aunque sin desorden.

Así la capital de Lituania acababa de ser conquistada casi sin disparar un tiro y no más que á los cuatro días de empezadas las hostilidades. Habiendo partido Napoleón de Kowno el día antes y llegando á mediodía, hizo su entrada en Wilna, en medio del anhelante concurso de los habitantes, que poco á poco se acaloraban y animaban al contacto de nuestros soldados, especialmente de los soldados polacos, y al recuerdo de su libertad antigua, que solamente los de edad más avanzada habían conocido, y cuyas escenas habían contado frecuentemente á sus hijos. A la fuga se habían dado los señores lituanos parciales de los rusos, y los que no lo eran nos aguardaron de intento. Entre estos últimos unos se presentaron de voluntad propia, otros dieron lugar á que se les llamase, bien que todos se prestaron francamente á la creación de nuevas autoridades para administrar el país en interés de las tropas francesas, que á la sazón era el de la misma Polonia. Con todo, un gran temor reprimía y helaba su celo, y era el de que no fuese formal la tentativa de reconstituir la Polonia, y se viera á los pocos meses la nueva entrada de los rusos en Wilna con órdenes de secuestros y proscripciones.

A moler grano, á construir hornos, á cocer pan para nuestros soldados, que llegaban hambrientos, no de carne que tenían en abundancia, sino de pan de que se vieron privados casi en todas partes, se reducía el primer servicio que debían prestarnos. No escaseaba el grano, si bien los rusos se habían aplicado especialmente á destruir las harinas, los molinos y las avenas, previendo que con trigo no se tendría pan al punto, y que sin avenas no conservaríamos largo tiempo la grande cantidad de caballos que seguían á nuestras tropas. Ahora bien: la ciudad de Wilna, que encerraba cerca de veinticinco mil hombres, no podía ofrecer para la elaboración del pan los mismos recursos que Berlín ó Varsovia. Napoleón dispuso que inmediatamente se emplearan en la construcción de hornos los albañiles que el mariscal Davout llevaba consigo y los que había proporcionado la guardia. Entretanto hubo que apoderarse de los hornos que la ciudad contenía, y que apenas bastaban para cocer cotidianamente treinta mil raciones, necesitándose cien mil desde luego y doscientas mil de allí á poco.

Mientras Napoleón atendía á estos primeros cuidados, los diversos cuerpos del ejército ejecutaban los movimientos que les estaban prescritos, sin otros accidentes que los que había que temer de la fatiga y del mal tiempo. Según se ha visto, el mariscal Ney debía haber pasado el Wilia más cerca de Wilna que el mariscal Oudinot, esto es, por las cercanías de Riconti, y había marchado en dirección de Maliatouy, descubriendo desde lejos el cuerpo de Bagowouth que se hallaba en Vilkomir al principio, y que en el movimiento de retirada de los cuerpos rusos se dirigía desde este sitio á Swenziani y Drisa.

Por lo demás, el mariscal Ney sólo tuvo que habérselas con la retaguardia de Bagowouth, compuesta de cosacos, que se esforzaban por quemarlo todo, pero que no siempre tenían tiempo, y todavía por dicha nos dejaban para vivir algunos recursos. Habiendo pasado el Wilia el mariscal Oudinot más abajo, esto es, por Janowo, para marchar sobre Vilkomir, no encontró ya á



Bagowouth, que acababa de emprender la retirada, sino á Vittgenstein, que se había trasladado á Wilkomir desde Rossiena. Este último hallóse en posiciones en Deweltow, el 28 por la mañana á la hora en que el grueso del ejército francés entraba en Wilna; Vittgenstein tenía veinticuatro mil hombres, mucha caballería y cuanto brío se necesitaba para no retirarse tímidamente delante de nosotros. Presentó al mariscal una línea de cerca de veinte mil infantes, operando lentamente su retirada y cubiertos por artillería numerosa y caballería brillante. Vittgenstein encontró en el mariscal Oudinot un adversario nada idóneo para consentir que se le echaran plantas. No teniendo el mariscal á la mano más que su caballería ligera, artillería de tiro, la división de infantería de Verdier y los coraceros de Doumerc, no vaciló á pesar de todo en arrojarlos sobre los rusos. Después de cargar á todo trance á su caballería y de obligarla á colocarse detrás de las líneas de infantería, atacó á ésta con la división de Verdier, y forzóla á replegarse, matando ó haciendo prisioneros á unos cuatrocientos hombres. No tuvo tiempo de emplear á sus coraceros, y menos aún á las divisiones de Legrand y de Merle, que llegaban á toda prisa. Entre muertos y heridos no perdió más de cien hombres. Pronto los rusos se pusieron fuera de alcance.

Nuestras tropas del cuerpo del mariscal Oudinot y del cuerpo del mariscal Ney estaban cansadísimas, tanto por las marchas hasta el Niemen como por las posturiones al paso de este río. De pan y de sal carecían y de bebidas espirituosas, y se hastiaban de comer carne sin sal con un poco de harina desleída en agua. Ya los caballos estaban debilitados por falta de avena, á pesar de que el tiempo había sido hermoso. Gran número de soldados rezagados, y por decirlo así extraviados, buscaban su camino y no hallaban á quién preguntarlo, habiendo pocos habitantes y no sabiendo hablar estos pocos más que polaco. Una enorme cantidad de carros, así de la artillería como de los bagajes, prolongaban y embarazaban esta cola de ejército.

Tal era la situación de las cosas á nuestra izquierda, más allá del Wilia, y poco más ó menos en nuestro centro, por la vía recta de Kowno á Wilna, que las últimas divisiones del mariscal Davout recorrían en este momento seguidas por la guardia imperial. A nuestra derecha, en el cuerpo del príncipe Eugenio todo estaba retrasado, lo mismo la cabeza que la cola. Habiendo tenido que ir el príncipe Eugenio, no por la Vieja Prusia como los mariscales Davout, Oudinot y Ney, sino por la Polonia, hubo de cruzar trabajosamente y á costa de grandes esfuerzos y privaciones aquellas estériles y movedizas arenas, y no pudo llegar junto al Niemen hasta el mismo día en que el grueso del ejército entraba en Wilna. Al pasar el Niemen por Prenn debía desembocar este príncipe sobre Nowoi-Troki y Olkeniki, puntos ocupados por los cuerpos de Touczkoff y de Schouvaloff, cuya totalidad no ascendía á más de treinta y cuatro mil hombres, poco capaces por consiguiente de hacer cara á los ochenta mil soldados del ejército de Italia. No tenía, pues, que temer el príncipe Eugenio las dificultades emanadas de la presencia del enemigo; sólo el terreno podía presentar obstáculos á su marcha. Su operación debía ejecutarse del 28 al 30 de junio.

Hasta ahora, salvo algunas tormentas pasajeras, el

cielo había brillado puro, el calor había sido bastante, aunque todavía no molesto, como lo es á menudo en aquellas comarcas extremas, alternativamente privadas del sol en invierno ó abrumadas por sus ardores en verano. Con todo, la Polonia, que se había hallado tan triste durante el invierno de 1807, mostrábase ahora verde, cubierta de vastos bosques, con perspectiva no poco agradable, si bien falta de la verdadera alegría, de la que el hombre derrama sobre la naturaleza con su presencia y su trabajo. Aunque no en firme sus caminos, todavía no eran penosos, habiéndoles el sol secado.

Estas condiciones climáticas cesaron de repente en la noche del 28 (1). Cubrióse el cielo de nubes, y casi á la Polonia entera envolvió una serie de tempestades espantosas. Torrentes de lluvia inundaron las tierras y ablandáronlas bajo los pies de los hombres y de los caballos. Para colmo de desgracia, la temperatura cambió como el aspecto del cielo, y llegó á ser tan fría como húmeda de pronto. Durante los tres días del 29 de junio al 1.º de julio estuvo horroroso el tiempo, y los viagues fueron extremadamente penosos, pues hubo que dormir sobre cierta especie de fango. Muchos reclutas fueron atacados de disentería, á causa no sólo de la rápida variación de la temperatura, sino del alimento, compuesto casi únicamente de carne, y á menudo de carne de cerdo. Hallándose sin abrigo parte de las divisiones del mariscal Davout, que aún se hallaban el 29 en marcha sobre Wilna, y toda la guardia que las seguía, pues apenas había en las escasas habitaciones del país dónde alojar á los estados mayores, tuvieron que padecer mucho. A la izquierda del Wilia no gozaron de mejor tiempo las tropas de los mariscales Ney y Oudinot, si bien padecieron algo menos, cruzando un país no visitado por los rusos ni por los franceses. Mayores todavía fueron los padecimientos del príncipe Eugenio, que pasaba el Niemen á aquella hora. Echado fué el puente el 29 por la noche, y ya había pasado el río una división, cuando produjo cierta especie de suspensión universal una tempestad violenta, tormentosa, mezclada de viento, granizo y truenos, á semejanza de las tempestades de los trópicos, llevándose las tiendas, obligando á los jinetes á echar pie á tierra y á los infantes

(1) Diversos historiadores de esta época han hablado de una tormenta que estalló en el instante del paso del Niemen, queriendo ver en ella siniestros presagios. Semejante aserto merece que se explique. De la atenta lectura de los despachos de los generales, donde se relatan los sucesos día por día, resulta que en todos los puntos el mal tiempo, el que verdaderamente se puede denominar de este modo, no empezó sino del 28 al 29 de junio, durando hasta el 2 ó 3 de julio. Habiendo tenido lugar el principal paso del Niemen en Kowno el día 24, no fué precedido de ningún signo alarmante, como se dice que lo fué la muerte de César en los tiempos antiguos. Verdad es que á la caída de la tarde del 24 se experimentó una breve tormenta, pero durante la mayor parte del día el tiempo estuvo hermoso y no justificó en nada la tradición de los presagios siniestros. Habiendo comenzado el paso del príncipe Eugenio el 29 por la noche, fué en efecto interrumpido por la tormenta, y sin duda esto ha dado lugar á decir que el rayo anunció á Napoleón el destino que le esperaba más allá del Niemen. Nueva prueba entre mil de la dificultad de llegar á la exactitud histórica, y de la parte que la imaginación de los hombres aspira siempre á tomar en los sucesos á expensas de la verdad rigurosa. Por lo demás, este detalle es de poca importancia, y no le mencionamos sino porque ha ocupado mucho á Mr. Fain y provocado por su parte numerosas reflexiones. (N. del A.)

á apretarse unos contra otros. Sólo en medio de esta inundación cabía dormir en el suelo. Interrumpióse el paso, y durante veinticuatro horas estuvo una mitad de la fuerza á un lado del río y la otra mitad al otro. Especialmente los bávaros, que habían andado mucho y hecho gran consumo de carne de cerdo, contrajeron el germen de una disentería que muy luego les fué desastrosa.

A pesar de todo, se cruzó el Niemen y tomóse de seguida la dirección de Nowoi-Troki, bien que en una especie de desorden producido por la subitánea invasión del mal tiempo. Napoleón había sacado los caballos como los quintos á millares en Suiza, en Italia, en Alemania, sin cuidarse de sus años. Cierto es que hizo algunas recomendaciones, pero las cantidades pedidas impidieron su observancia. Enganchados estos caballos, demasiado jóvenes y sin educación previa, á inmensos carros, obligados á tirar de ellos por entre los arenales de Polonia, alimentados con centeno verde en vez de grano, ya estaban cansadísimos al llegar á orillas del Niemen. Muchos miles de ellos sucumbieron durante las lluviosas y frías noches del 29 y 30 de junio, especialmente en el cuerpo del príncipe Eugenio. En dos días los caminos quedaron sembrados de caballos muertos y de carros abandonados.

Si los soldados y oficiales del tren hubieran sido más expertos, pudieran remediar el mal á lo menos algo, reuniendo en parques al borde del camino los carros faltos de caballos, dejando destacamentos para custodiarlos y enganchando seguidamente los caballos que aún había á los carros que importaba hacer llegar los primeros. Escaso número de ellos obraron de este modo, pues los demás abandonaron los carros á los rezagados hambrientos, que no tuvieron escrúpulo de saquearlos. En el cuerpo del príncipe Eugenio, donde había muchos bávaros é italianos, fué el desorden extremo. Igualmente se introdujo á espaldas del mariscal Davout entre los holandeses, los anseatas y los españoles del primer cuerpo. Poco celosos estos extranjeros del honor de un ejército que era francés, poco adictos á una causa que no era la suya, fueron los primeros en desbandarse, y en aprovecharse de la espesura de aquella región cubierta de bosques para desertar ó entregarse al merodeo. Alguna relajación hubo hasta entre nuestros mismos soldados, si bien fué sólo entre los antiguos prófugos, arrancados por las columnas movilizadas á la vida errante y llevados por fuerza al servicio. Del Niemen á Wilna viéronse veinticinco ó treinta mil bávaros, wurtembergueses, anseatas, españoles, franceses, italianos, escapándose de las filas, saqueando los carros abandonados y después las quintas de los señores lituanios. No era alarmante sin duda el daño, pues de los cuatrocientos mil hombres que acababan de cruzar el Niemen, no eran veinticinco ó treinta mil merodeadores una disminución inquietadora de nuestras fuerzas, si no pasaba el mal adelante; pero podía hacerse contagioso, y sobre todo era difícil de reparar la pérdida de siete ú ocho mil caballos experimentada en cuatro días. Llegado el príncipe Eugenio á Nowoi-Troki, sobre la derecha de Wilna, puso en conocimiento de Napoleón el daño que había cundido entre sus tropas con más violencia. También los demás jefes le dirigieron análogos informes y señalaron síntomas desagradables en todos los cuerpos del ejército.

Napoleón no era hombre que se asustara de resacas de semejantes accidentes á la apertura de una campaña apenas empezada y para la cual tanto había multiplicado las precauciones. Además algo parecido vió aunque en menos escala el año de 1807, y sin embargo no fué obstáculo para la victoria. Tampoco dudó que superaría estas dificultades, con las cuales había contado, que miraba como esencialmente locales y que provenían de causas generales por desgracia. No había contraído el ejército el mal de que estaba atacado en las llanuras de Polonia; había llevado su germen consigo. Para vivir los soldados de Massena en Portugal desamparaban su bandera, si bien tornaban de noche como franceses y veteranos. Pero el ejército llevado á Rusia casi quedaba reducido á menos de la mitad si se descontaban los no veteranos ni franceses.

Fácil remedio encontró Napoleón á este mal repentino, que le alarmaba hartamente poco, y era el de hacer en Wilna un alto de dos semanas. Con esta espera se debía en su concepto incorporar la cola de las columnas y de los bagajes. La larga rastra de sus convoyes no se extendía sólo de Wilna al Niemen, sino del Niemen al Vístula, del Vístula al Elba. Aún no habían recibido los cuerpos la mitad del equipo que les estaba destinado. En el camino se habían quedado la mayor parte de los carros de nuevo modelo por lo pesados, pero de esperar era que llegaran los más ligeros. Deteniéndose algunos días en Wilna había seguridad de que se incorporaran éstos, únicos que seguirían adelante, y á los más pesados, que deberían llegar más tarde, se les dejaría á espaldas del ejército, donde podrían prestar más de un servicio. Al propio tiempo se organizaría la Lituania, estableciéndose allí un gobierno polaco, de que se necesitaba mucho.

De consiguiente no faltaban ocupaciones provechosas para emplear las dos semanas que se trataba de pasar en Wilna. Pero si esto se llevaba á cabo, ¿no sería inejecutable el excelente plan de Napoleón, reducido á cortar en dos la línea rusa? Retrocediendo Barclay de Tolly y Bagration, el uno sobre el Dwina y el otro sobre el Dnieper, ¿no iban á encontrar el medio de juntarse más allá de estos ríos? ¿No se iba, y esto era todavía más grave, á perder la ocasión de alcanzarlos y de batirlos antes de que pusieran en planta su proyecto de retirada indefinida á lo interior de Rusia? ¿Y no era este el caso de preguntar, si ya que se había de hacer un alto para esperar las columnas y los convoyes, no fuera preferible hacerlo en el mismo Kowno, antes de cruzar el Niemen, cuando inmóvil el enemigo y debiendo permanecer así mientras no violáramos sus fronteras, no había recibido con nuestra pronta aparición el aviso de retirarse sobre el Dwina y el Dnieper á toda prisa? Pero ya que se había operado tal vez quince días antes de lo oportuno, ¿no valiera más proseguir temerariamente una empresa temerariamente concebida, y marchar con cuanto estaba más á punto, y lanzarse sobre los rusos, y obtener un resultado decisivo, antes de que tuvieran tiempo de meterse en lo interior de su territorio? Cuestiones graves y de muy difícil resolución después del suceso, bien que al parecer nada embarazarán á Napoleón por entonces, pues deteniéndose en Wilna para que se le unieran los rezagados, establecer una buena policía á su espalda, reorganizar sus convo-



yes y establecer un gobierno en la Lituania, no entendía renunciar al proyecto de situarse entre los dos principales ejércitos rusos, para aislarlos uno de otro durante el resto de la campaña. Efectivamente, las circunstancias autorizaban hasta cierto punto para concebir la esperanza de realizar á la vez las dos ideas.

Apenas llegado á Wilna, esto es, al día siguiente 29 de junio, se supo, á tenor de los informes de la caballería, que en torno de aquella ciudad se divisaban muchas tropas rusas en marcha, corriendo circularmente de nuestra derecha á nuestra izquierda, sin duda para incorporarse á Barclay de Tolly junto al Dwina ¿Acaso eran algunas divisiones destacadas, que no se habían podido juntar á Barclay de Tolly hasta entonces, ó era la cabeza del ejército de Bagratión, que aspiraba á formar junto al Dwina con el ejército principal una sola masa? Aún no se podía comprender distintamente; pero de todos modos eran tropas á las cuales se estaba en aptitud de interceptar el paso, y á mayor abundamiento, si se hallaba al príncipe Bagratión enfrente, no habría que venir á las manos más que con la cabeza de su cuerpo de ejército, puesto que hacia el Norte necesitaba remontar lo que dista Grodno de Wilna, y de seguro se estaba á tiempo de obstruirle el camino. De consiguiente Napoleón resolvió que mientras se detenía delante de Barclay de Tolly por su izquierda, se marchara prestamente por la derecha para interceptar el camino que debía seguir Bagratión, envolverle si era posible, ó arrinconarle cuando menos hacia los pantanos de Pinsk y paralizarle de este modo para toda la campaña.

Lo que se ha dicho en la presente HISTORIA sobre el teatro de la guerra, indica de sobra los movimientos que necesitaba ejecutar Napoleón para conseguir el objeto que se proponía. Desde el Rhin al Niemen había marchado hacia el Nordeste casi de continuo; al Este torció después del paso de este río, y ya hasta Moscú iba á marchar siempre hacia Oriente en esta extraordinaria campaña. Cruzado el Niemen, remontado el Wilia hasta Wilna, iba á encontrar las grandes líneas transversales de que hemos hablado, las que forman el Dwina y el Dnieper, y naturalmente debía encaminarse hacia el espacio abierto que dejan estos dos ríos en sus fuentes entre Vitebsk y Esmolensko. En este movimiento su izquierda daba frente al Dwina, hacia el cual se dirigía Barclay de Tolly, y su derecha al Dnieper, donde Bagratión propendía á retirarse. Queriendo á la vez detenerse, para que cuanto iba detrás se le uniera, y perseguir activamente á Bagratión á fin de separarle de Barclay de Tolly, debía hacer alto por su izquierda, que no distaba mucho del Dwina, á la par que intentara por la derecha tomar la delantera á Bagratión junto al Dnieper á fuerza de marchar de prisa. Con esta doble mira fueron tomadas admirablemente sus disposiciones.

Macdonald, dirigido al principio sobre Rossiena, tuvo orden de apoyarse en Poniewietz sobre la derecha, con el fin de aproximarse á Oudinot; éste la tuvo de marchar igualmente hacia la derecha entre Avanta y Vidzouy para estrecharse con Ney, y á Ney se le previno que se mantuviera hacia Swenziani, cerca de Murat, que con toda su caballería debía seguir por Gloubokoe al ejército ruso en retirada sobre el Dwina. Macdonald, Oudinot, Ney, Murat, que hubieran debido formar una masa de ciento veinte mil hombres y sólo constaban

de ciento siete mil ú ocho mil después de la última marcha, tuvieron orden de permanecer en observación para ocultar las operaciones del resto del ejército, incorporarse los rezagados, reunir granos, reducirlos á harina, reparar los molinos destruídos por los rusos, construir hornos, atraer su gruesa artillería y sus equipajes, y finalmente emplear el tiempo en concentrarse, reorganizarse, estar muy en guardia y estudiar atentamente los movimientos del enemigo.

Para enlazar á esta izquierda inmóvil y ocupada en rehacerse con su derecha, que iba á operar muy activa, prescribió Napoleón á Murat que extendiera su caballería desde Gloubokoe á Vileika, y para no dejar esta caballería sin apoyo hizo que fuera sostenida por una ó dos divisiones del mariscal Davout, que entraron en línea las primeras. Se proponía mandar que el cuerpo del príncipe Eugenio, recién trasladado junto á Prens al otro lado del Niemen, se dirigiera sobre este punto, á fin de establecer más íntimo enlace entre su izquierda y su derecha. Este príncipe se había detenido en Nowoi-Troki para tomar algo de descanso y restablecer algún orden en sus columnas.

Con el cuerpo de Davout, siempre el mejor constituido, el mejor provisto, el más idóneo para soportar el efecto disolvente de los movimientos rápidos en demasía, determinó Napoleón operar sobre su derecha contra las tropas que se veían correr circularmente en torno de Wilna. Según acabamos de decir, podían ser los restos de Barclay de Tolly, ó la cabeza del ejército de Bagratión: en el primer caso había que cogerlos, y en el segundo había que atajarles el paso y arrinconarlos hacia los pantanos de Pinsk de resultas de un esfuerzo vigoroso. La caballería ligera del mariscal Davout, á las órdenes de los generales Pajol y de Bordesoulle, fué puesta en movimiento el 29 de junio, la de Pajol por el camino de Ochmiana á Minks, la de Bordesoulle por el camino de Lida á Wilkowsk. Estos eran los dos caminos reales que bajaban á la Lituania meridional desde Wilna, y por los cuales se podía encontrar á los destacamentos rezagados de Barclay de Tolly ó al mismo ejército de Bagratión. Ambos generales, Pajol y Bordesoulle, anunciaron la presencia de columnas de infantería, de artillería, de bagajes, esforzándose por remontar bastante altura para girar en torno de Wilna é ir de nuestra derecha á nuestra izquierda á incorporarse al principal ejército ruso. Uno y otro esperaban copar algunos restos de estas columnas, pero se necesitaba de una fuerza más eficaz, esto es, de infantería para hacer una captura importante.

En la tarde del 30 hizo partir Napoleón al mariscal Davout con la división de Compáns para ir detrás del general Pajol en dirección de Ochmiana: encaminó la división de Dessaix detrás del general Bordesoulle en dirección de Lida; y tuvo pronta á la división de Morand para hacerla marchar detrás del mariscal Davout, si la necesidad lo requería. Aceleró el movimiento del príncipe Eugenio que, habiéndose detenido después de pasar el Niemen en Nowoi-Troki, y recibiendo allí noticias contradictorias, temía aventurarse si avanzaba demasiado aprisa. Remontándose el príncipe Eugenio desde Nowoi-Troki á Ochmiana, debía en caso necesario apoyar al mariscal Davout, ó bien ir á ocupar su puesto al lado de Murat en la línea de batalla para formar el

centro del ejército y enlazar la derecha con la izquierda. Napoleón prescribió á la caballería del general Grouchy, perteneciente al príncipe Eugenio, que ayudara á la de Bordesoulle y se pusiera á las órdenes del mariscal Davout si era preciso. Además dió á este último los coraceros de Valencia.

Sin embargo, el mariscal Davout con las dos divisiones de Compáns y Dessaix, únicas que iba á tener á la mano al alejarse de Wilna, no hubiera bastado para envolver á Bagratión, que debía contar alrededor de sesenta mil hombres, pudiéndosele calcular hasta cien mil á tenor de voces contradictorias; pero quedaba la extrema derecha á las órdenes del rey Jerónimo con sesenta y cinco mil hombres, la cual, desembocando de Grodno y siguiendo á Bagratión por la cola, mientras se le atajaba de frente, debía contribuir á envolverle ó á arrinconarle hacia los pantanos de Pinsk.

Así por este conjunto de movimientos, reteniendo Napoleón en observación junto al Dwina á las tropas de su izquierda, empujando vivamente hacia el Dnieper á una parte de las tropas de su derecha, mientras su centro, después de descansar en Nowoi Troki, se apresuraba á ir á colocar en línea, daba lugar á que se fueran juntando las dos terceras partes de su ejército, y sólo hacía operar á la otra tercera parte con el fin de cortar al príncipe Bagratión la retirada. No se podían combinar con habilidad más profunda los movimientos de un ejército inmenso, sabiendo armonizar á la vez la necesidad de descanso con la urgencia de ciertas operaciones activas. Por su parte, mientras con su actividad prodigiosa entraba en todos los pormenores administrativos que interesaban á sus tropas, atendía solícitamente á Polonia, de la cual era urgente ocuparse, pues se estaba por su causa, y no se podía prescindir de ella si se deseaba que la guerra fuese formal y venturosa.

Con efecto, á la sazón se agitaba Varsovia, y al rumor del paso del Niemen por cuatrocientos mil soldados á las órdenes del gran hombre del siglo, se proclamaba la reconstitución de la Polonia, se decretaba la reunión de todas sus provincias en un solo Estado, se votaba finalmente una de aquellas confederaciones generales por las cuales defendieron los polacos en otros días su territorio y su independencia. No podía menos de suceder así ante los acontecimientos que se iban preparando. Puesto que al adelantarse Napoleón hasta el mismo seno de Rusia, se veía obligado á agitar la grave cuestión de la Polonia, transitando por su territorio y debiéndola pedir sus brazos, quizá fuera mejor que desde luego adoptara su partido y pensara en reconstituirla completamente. En este caso, según ya hemos dicho, debiera juntar el ejército polaco en una sola masa de setenta ú ochenta mil hombres, formar con él su ala derecha y trasladarla, remontando el Bug, á la Volhynia y la Podolia. Éste á la derecha guardara más fielmente sus flancos y tuviera más probabilidades de insurreccionar la Volhynia que los austriacos. Además, en vez de constituir aparte el gobierno de la Lituania, debiera reunirlos inmediatamente al gobierno general de Polonia. Con esta doble unidad del ejército y del gobierno hubiera restituido á Polonia el sentimiento cabal de su existencia y comunicádola acaso el empuje nacional de que necesitaba para salir triunfante en el cumplimiento de sus designios. Pero vacilante sobre

este punto, según hemos indicado, no queriendo contraer un compromiso muy lato sin saber si los polacos le ayudarían lo bastante para cumplirlo, vaciló, como en muchas ocasiones decisivas de esta campaña, por un sentimiento de prudencia que se avenía mal con la temeridad de su empresa, y aplicóse á no hacer nada de mucho bulto, á causa del Austria, á quien temía enajenarse, y de Rusia, á la cual no entendía declarar una guerra á muerte. Habiendo ya dividido el ejército polaco en muchos destacamentos, colocados dondequiera que había que contener á aliados dudosos, renunció á incorporar la Lituania á la Polonia y dióla una administración separada. Conviene añadir que para proceder de este modo tenía una razón administrativa de las más poderosas. Se hallaba en el centro de la Lituania, iba á combatir en ella y quizá á establecerse allí por uno ó dos años; y hacerla depender de un gobierno situado á más de cien leguas, gobierno agitado, disputador é inactivo, al menos en los primeros instantes, equivalía á renunciar á sacar de esta provincia los recursos que necesitaba y que estaba seguro de obtener administrándola por sí mismo.

De consiguiente, Napoleón dió á la Lituania una administración distinta é independiente. Respecto de Rusia era ésta una amenaza, bien que no todavía una declaración de guerra implacable.

Formó una comisión de siete miembros y la compuso de los señores lituanos de más nota, que no se pudo ganar á Rusia ó cuya voluntad descuidó captarse. Persistiendo en imitar á Polonia y Sajonia, nombró cerca de esta comisión un representante, que al propio tiempo debía ser gobernador de la provincia, y eligió para estas funciones al conde de Hogendorp, oficial sajón á quien había hecho su ayudante de campo. Cada uno de los cuatro gobiernos secundarios de Wilna, de Grodno, de Minks y de Byalistok, entre los cuales se subdividía la Lituania, formóse de tres miembros y de un intendente, que dependía del gobernador general. En cada distrito se establecieron agentes ejecutivos bajo la denominación de subprefectos. Organizado así el gobierno de la Lituania, fué encargado de tomar nota de las propiedades públicas y de conservarlas, de recaudar los impuestos, de levantar tropas, de mantener el orden, de atraer á los habitantes, de que se hiciera la recolección, de restablecer la seguridad de los caminos, de crear almacenes y hospitales, de contribuir en suma á la reconstitución de la Polonia por el medio más poderoso, consistente en ayudar al ejército francés de una manera activa. Por lo demás este gobierno, colocado bajo la acción directa de Napoleón, fué autorizado para adherirse á la gran confederación polaca, que acababa de ser decretada en Varsovia.

El primer acto del nuevo gobierno fué instituir una fuerza pública. Votó la creación de cuatro regimientos de infantería y de cinco regimientos de caballería. Sin duda se pudiera hacer más con la población de la Lituania, pero faltaban recursos rentísticos y oficiales. Estos nueve regimientos, que formaban un total de doce mil hombres, debían costar de primera creación cuatro millones por lo menos y no había la más mínima parte de esta suma. Napoleón que, una vez empeñado en semejante aventura, debiera no economizar medio alguno, sólo consintió en adelantar cuatrocientos mil francos.